



LA CURANDERA

CRISTIAN ROMERO

ILUSTRACIONES

MARÍA ADELAIDA CORREA

Lucía se para frente a la casa de la Curandera y siente que algo se le atraviesa en la respiración. La voz de Martín parece materializarse en el viento: ¿Aquí vive la señora, mamá? Esa pregunta, que le hizo hace más o menos un año, cuando se pararon en ese mismo lugar después de un viaje de cinco horas desde la ciudad, se enreda en el ulular de los ventarrones que se pierden en esta calle solitaria, y se va lejos, muy lejos. Sí, aquí vive, le respondió. Tengo pipí, mamá, dijo el niño. Lo llevó de la mano hasta un arbusto reseco que había frente a la casa y Martín, despacio, se desabrochó los pantalones y esperó. Luego tomó aire, aguantó la respiración y empujó. Lucía, impotente, lo único que pudo hacer fue apretarle los hombros. Ya, tranquilo, le dijo.

Un año, más o menos.

El tiempo para ella dejó de tener el mismo significado desde la muerte de Martín. Un año. Tal vez más, tal vez menos. Y este pueblo, en el que los días parecen estancados, le acentúa esa sensación de no avanzar, de no retroceder.

Respira, sujeta el bolso con fuerza y cruza la calle. En el jardín de la casa varias personas beben café sentadas en mecedoras de mimbre. La tarde cae. El calor arrecia. El corazón de Lucía cambia de ritmo y, por un momento, se siente mareada. Los olores a polvo, a hierbas quemadas y a alcohol se le vienen encima y ella debe detenerse para recordar a qué ha venido. Martín, susurra.

Dentro de la casa se encuentra con una escena muy similar a la de hace un año. Tal vez, piensa, esta es la misma escena de todos los días. Se pregunta: ¿Cuántas personas llegan a diario a este pueblo a buscar la ayuda de la Curandera? ¿A cuántos ayuda de verdad? ¿Por qué no ayudó a Martín?

Firma la lista de espera que hay en un atril de caoba y se sienta en la única silla libre que encuentra. Recorre con la mirada las paredes del lugar que ahora le parecen más recargadas: una profusión de cuadros de santos, vírgenes de yeso y sagrados corazones. Pero también identifica figuras paganas, demonios y leviatanes. Huesos de pollo colgando de algunas esquinas, muñecos de trapo. Todos están distribuidos sin responder a ningún patrón estético. Se amontonan como el mismo polvo que se asienta en el lugar, iluminados por los pedazos de velas que se levantan en cualquier espacio disponible en las mesas llenas de papeles y estatuillas.

Un hombre delgado, de caminar renqueante y rostro cicatrizado por un acné juvenil, pasa con una bandeja achicharrada repartiendo más café. Es el hermano de la Curandera. Alguien que parece que no ha hecho nada más en la vida que ser la mano derecha de su hermana: recibe a los enfermos, los organiza, les ofrece asiento, les da café, siempre esforzándose por usar las mínimas palabras posibles. Cuando Martín lo vio apretó muy fuerte la mano de Lucía y dijo: Mamá, ¿nos vamos?

Todos, en algún lugar, llevan el frasco de vidrio con el insecto. Es lo único que pide la Curandera: un insecto y, si quieren, cualquier bolsa de granos para sustentar su vida y la de su hermano.

El hombre le ofrece café y ella niega con la cabeza. Se pregunta si quizá la reconoce, pero no, lo más seguro es que no, concluye. Todos los días esta casa se llena de gente desesperada con la misma expresión suya: las mejillas cuarteadas, los ojos hundidos, los labios temblorosos.

Allí, ve a una mujer de unos veinte años, sentada en una silla de ruedas, con los miembros retorcidos y la boca abierta y babeante. Al lado, una mujer está rezando el rosario con los ojos cerrados y la voz apagada en un murmullo. Por allá, ve a un hombre con una enorme y rugosa bola de carne asomándosele por la parte izquierda del cuello. Más allá, recostada contra una pared, una mujer delgada, de pelo marchito y enredado, tiene la mirada perdida en el suelo. Hombres ciegos, mujeres escuálidas, niños pálidos, ancianos que apenas pueden caminar. La misma escena grotesca y desesperanzadora que Martín observó con los ojos muy abiertos. Lucía recuerda haberle acariciado las mejillas mientras lo recostaba en su regazo. ¿No te sientes cansado?; trata de dormir un poco, le dijo.

Todos, en algún lugar, llevan el frasco de vidrio con el insecto. Es lo único que pide la Curandera: un insecto y, si quieren, cualquier bolsa de granos para sustentar su vida y la de su hermano. Nadie sabe qué hace con los insectos: algunos dicen que se los come, otros que los deja morir de hambre, otros que los quema en sus rituales mágicos, otros que los mete dentro del colchón en

el que duerme. A Lucía le tocó llevar una araña. Recuerda la emoción que sintió cuando por teléfono el hermano de la Curandera, antes de la cita, le pidió una araña. A Martín le encantaban las arañas. Siempre estaba buscándolas en los lugares más oscuros de la casa. Siempre las pedía como juguetes. Siempre preguntaba por ellas. Esa feliz casualidad fue para Lucía una iluminadora premonición. Jorge, su esposo, le dijo: ¿Qué te pasa? Nuestro hijo se está muriendo y a ti lo único que se te ocurre es llevarle arañas a una vieja loca en un pueblo que ni siquiera sabíamos que existía. No le sorprendió esa reacción, Jorge siempre había sido así. Un hombre escéptico, pesimista, cobarde. Tampoco le sorprendió que la hubiese abandonado después de la muerte de Martín.

Y ahora ella no lleva la mosca que le pidió el hermano de la Curandera cuando habló con él por teléfono, días atrás.



Abraza su bolso de mano, muy fuerte, y el frío metal del revólver pesa tanto como el mismo dolor y la impotencia que ahora le ocupan el corazón.

Pasan las horas y la noche se anuncia por las ventanas. El hermano de la Curandera enciende más velas y sigue ejecutando sus rondas parsimoniosas con la bandeja repleta de café. Lucía vuelve a negar el ofrecimiento, sin modificar su dignidad y manteniendo su espalda rígida contra la silla.

Una tos desgarradora irrumpe en el lugar. Todos levantan sus miradas y la mujer de pelo reseco cae de rodillas y arquea su espalda. Tose varias veces. Se tapa la boca con la mano y luego escupe un coágulo de sangre. Se pone de pie, con el rostro congelado en una mueca de pánico, y, como puede, corre hacia la habitación de la Curandera. El hermano, que parece ya estar preparado, se interpone: Todavía no, dice. La agarra por los hombros, con fuerza, y Lucía se sorprende al verle en sus movimientos una decisión que nunca llegó

a sospechar. Hay que ser paciente, todo tiene su momento, continúa el hermano. Por favor, dice la mujer. Lucía lee en los ojos de esa mujer el mismo abandono que veía en los propios cuando se miraba en los espejos del hospital en el que fue recluida después de la muerte de Martín. Arañas, veía arañas todo el tiempo.

Por favor, repite la mujer. El hermano niega en silencio y la aleja de la puerta de la Curandera. La mujer llora y, confundida, sale de la casa, a paso ligero, luego corriendo, tambaleante. Pero nadie hace nada.

Lucía observa al hermano, luego observa a los presentes, y comprende que todos están demasiado ocupados aferrándose a la vida como para darle la mano al otro. Nadie le dio la mano cuando la necesitó, nadie se la dio a Martín, ¿por qué ella habría de hacerlo ahora?, piensa.

La noche se asienta y el tiempo para Lucía se atrofia por completo. Empieza a cabecear en la silla. Sueña: la misma escena, el mismo lugar, la misma temperatura, pero ahora Martín está sentado en sus piernas, somnoliento. El niño tiene entre sus manos el frasco de vidrio con la araña. Ten cuidado, le dice Lucía, pero el frasco se desliza y cae. El estrépito del vidrio quebrándose altera a los presentes. Lucía, con Martín en brazos, se pone de pie, asustada, buscando con la mirada a la araña fugitiva. Entonces la ve, y en ese momento escucha la voz del hermano de la Curandera, mientras levanta el pie y aplasta la araña: Lucía, es su turno.

Lucía grita. Se despierta. El hermano de la Curandera está recogiendo un pocillo quebrado. El café, derramado, se mimetiza con la alfombra. El hermano, mientras recoge los restos, le dice: ¿Usted es Lucía? Es su turno. Lucía traga aire. Observa a los presentes: la casa nunca está vacía. Pueden pasar horas, pueden amanecer en ese lugar si es necesario. Es su turno, repite el hermano de la Curandera. Lucía se pone de pie, aferrando el bolso con todas sus fuerzas. El hermano le pregunta si lleva el insecto. Sí, en el bolso, miente Lucía. El hermano sigue recogiendo las últimas esquirlas del pocillo y le hace una seña desganada con la cabeza para que siga a la habitación. Lucía se queda quieta,

Encuentra a la Curandera tal como la vio hace un año: recostada en una enorme cama, de cabecera de madera roída por el tiempo, y con las piernas cubiertas por unas sábanas amarillentas. Su cabello ceniciento, mucho más opaco, cae sobre sus mejillas hundidas y algunas hebras le cruzan los ojos.

sin saber muy bien qué hacer. El hermano la vuelve a mirar, con los ojos cansados, y le señala el camino por el pasillo: Es por ahí, dice.

Lucía camina por ese pasillo, como redescubriéndolo. Recuerda los pasos cortos de Martín, la ansiedad que le llenaba el estómago, la forma como ella le apretaba su débil manito. Entra a la habitación de la Curandera y siente que unas ganas terribles de salir corriendo se apoderan de ella; de olvidarlo todo, de morir en ese mismo lugar si es necesario.

Encuentra a la Curandera tal como la vio hace un año: recostada en una enorme cama, de cabecera de madera roída por el tiempo, y con las piernas cubiertas por unas sábanas amarillentas. Su cabello ceniciento, mucho más opaco, cae sobre sus mejillas hundidas y algunas hebras le cruzan los ojos. Alrededor de la cama un batallón de velas ilumina la habitación.

Se miran en silencio. La Curandera dice: No, ya te dije que no. Lucía no responde, va a hacerlo todo como lo tenía planeado: sin mediar palabra. Anansi dijo que no, la araña dijo que no, agrega la Curandera mientras se señala el pecho; ahora la araña es parte de mí, está en mí. Lucía deja de respirar. La Curandera continúa: No era su turno y necesitaban su brillo.

Lucía siente que su espalda se destiempla. Saca el revólver y apunta. La Curandera ni se inmuta. Lucía solloza. Tiembla. Y dispara, justo en el pecho de la Curandera. La mujer se mira la herida, de la que sale sangre a borbotones, y abre su boca en un grito apagado. Lucía deja caer el revólver, mareada, y tropieza con una mesa. Las velas caen y una bola de fuego se levanta apoderándose de las cortinas de la habitación.

Golpes en la puerta, gritos en la casa.

El hermano de la Curandera entra, desesperado, y se dirige hacia su hermana. Trata de cerrarle la boca infructuosamente. De debajo de la cama comienzan a salir insectos, todos huyendo despavoridos del humo y el calor. Lucía, tan pronto los ve, se arrincona contra la pared.

El hermano de la Curandera llora, mientras por la puerta se asoman los demás enfermos. Alguien señala a Lucía y dice: ¡Ella la mató!

Lucía ve una araña entre todos los insectos. Se lanza sobre ella, la atrapa con sus manos y se la lleva al pecho. En ese instante la agarran del cabello y la arrastran por los pasillos de la casa, mientras la golpean y le gritan: ¡Asesina! ¡Mátenla!

La dejan tirada en el jardín. La rodean. Lucía no tiene tiempo de mirarles los rostros. A ella no le importan los golpes que se le vienen encima, lo único que quiere es proteger esa araña que acuna entre sus manos. La mete en su boca y se la traga. Ahora Martín ha regresado a su cuerpo, piensa. Ahora puede cerrar los ojos y sentirse tranquila. ■

Cristian Romero (Colombia)

1988. Estudió Comunicación Audiovisual y Multimedial en la Universidad de Antioquia. En el 2015 ganó la beca de creación de la Alcaldía de Medellín en la categoría libro de cuentos, autor revelación, con el proyecto *Ahora solo queda la ciudad*, libro publicado en el 2016 por Hilo de Plata Editores. Ha publicado cuentos en la *Revista de la Universidad de Antioquia*. Fue seleccionado, en el 2017, en la lista *Bogotá 39* del Hay Festival.